

MAYA

JOSTEIN GAARDER

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

 Siruela

Biblioteca Gaarder

A Siri

Prólogo

Nunca olvidaré aquella húmeda y borrasca mañana de enero de 1998 en que Frank aterrizó en Taveuni, una pequeña isla del archipiélago Fidji. Durante toda la noche había estado tronando y, antes del desayuno, los dueños del hotel Maravu Plantation tuvieron que ocuparse de la reparación de un fallo en la instalación eléctrica. Como la cámara frigorífica peligraba, me ofrecí para ir con el coche a Matei para recoger a unos nuevos huéspedes que llegarían a la línea de cambio de fecha en el vuelo de la mañana, procedente de Nadi. Angela y Jochen Kiess aceptaron agradecidos mi ayuda, y Jochen me elogió diciendo que siempre se podía contar con un británico en una situación de crisis.

Me fijé ya en el serio noruego en el momento en que subió al todoterreno en compañía de un par de norteamericanos. Tenía unos cuarenta años, era de estatura media y pelo rubio, como la mayoría de los escandinavos, pero con los ojos marrones y un semblante más bien abatido. Se presentó como Frank Andersen, y recuerdo que me tomé el tiempo de pensar que quizá pertenecía a esa rara categoría de seres humanos que durante toda su vida se sienten oprimidos en la Tierra por la brevedad de la vida

y la falta de espíritu. Esta suposición no se disipó cuando aquella misma noche me enteré de que era biólogo evolutivo. Si uno de entrada tiene cierta predisposición a la melancolía, la biología evolutiva tiene que ser una ciencia poco reconfortante.

Sentado frente a la mesa de trabajo en mi casa de Croydon, estoy mirando una postal arrugada, fechada en Barcelona, el 26 de mayo de 1992. La postal muestra una foto de la Sagrada Familia, la catedral inacabada de Gaudí, y en la parte de atrás pone:

Mi querido Frank: Llegaré a Oslo el martes, pero no iré sola. Todo va a ser diferente a partir de ahora, tienes que estar preparado. ¡No me llames! Quiero sentir tu cuerpo antes de que medien más palabras entre nosotros. ¿Te acuerdas de la bebida mágica? Pronto beberás unas gotas. A veces me entra miedo. ¿Podemos hacer algo tú y yo para aceptar que la vida sea tan breve? Tuya siempre, Vera.

Frank me enseñó de repente la postal con esas altas torres una tarde en que estábamos tomando una cerveza en el bar de Maravu. Yo le había contado que había perdido a Sheila unos años antes, y Frank permaneció sentado un buen rato, hasta que con un gesto brusco cogió la cartera del bolsillo y sacó una postal doblada que inmediatamente desdobló y puso sobre la mesa. El texto estaba escrito en español, pero el noruego lo tradujo palabra por palabra. Parecía necesitar mi ayuda para captar lo que acababa de traducir.

—¿Quién es Vera? —pregunté—. ¿Estabais casados?

Asintió con la cabeza.

—Nos conocimos en España a finales de los ochenta. Al cabo de un par de meses, ya vivíamos juntos en Oslo.

—¿Y la relación se rompió?

Negó con la cabeza pero sin embargo dijo:

–Después de diez años se volvió a Barcelona. Fue en el otoño pasado.

–Vera no es un típico nombre español –objeté–. Y tampoco catalán.

–Un pueblo de Andalucía se llama así –explicó–. Según su familia, es donde fue concebida.

Miré la postal.

–¿Y había ido a Barcelona a visitar a su familia?

De nuevo negó con la cabeza.

–Había ido a su ciudad a leer la tesis doctoral.

–¿Ah sí?

–Sobre las migraciones de la especie humana desde África. Vera es paleontóloga.

–¿Y a quién se llevó a Oslo?

Frank miró el interior del vaso.

–A Sonia –dijo sin más.

–¿Sonia?

–Nuestra hija, Sonia.

–¿Así que tenéis una hija?

Señaló la postal.

–Así fue como me enteré de que Vera estaba embarazada.

–¿De ti?

Se estremeció.

–Era mi hija, sí.

Comprendí que algo tenía que haber ido mal, e intenté adivinar qué pudo haber pasado. Pero tenía un punto de referencia más y dije:

–¿Y qué hay de esa «bebida mágica» de la que ibas a saborear unas gotas? Suena muy tentador.

Vaciló. Luego sonrió con cierta timidez antes de quitarle importancia.

–Nada, es una tontería, cosas de Vera.

Llamé al camarero y le pedí otra cerveza. Frank apenas había tocado la suya.

–Cuéntame –dije.

Y Frank contó:

–Teníamos en común esa misma intransigente sed vital. ¿O acaso debo llamarlo «anhelo de eternidad»? No sé si entiendes lo que quiero decir.

Claro que lo entendía. Noté el corazón latir en el pecho y pensé que debía tranquilizarme. Levanté la palma de la mano para expresarle que no necesitaba que me explicara lo del anhelo de eternidad. Él reparó en ello. Aparentemente, no era la primera vez que Frank intentaba explicar lo que quería decir con lo de anhelo de eternidad. Añadió:

–Nunca había encontrado en una mujer esa inflexible necesidad. Vera era una persona cálida y realista. Pero también vivía metida en su mundo, o mejor dicho, en el mundo de la paleontología. Era de los que se orientan más vertical que horizontalmente.

–¿Ah sí?

–No le interesaba lo que sucede en la calle o en el espejo. Era guapa, muy guapa. Pero nunca la vi hojeando una revista femenina.

Seguía sentado, removiendo la cerveza con un dedo.

–Me contó que de joven había tenido muchas fantasías sobre una bebida mágica que le concedería la vida eterna en cuanto se hubiera bebido la mitad. Así tendría tiempo ilimitado para encontrar al hombre a quien daría la otra mitad y podría estar segura de

que un día encontraría al hombre de su vida, si no la semana siguiente, al menos en cien o en mil años.

Volví a señalar la postal.

Sonrió con resignación.

–Cuando volvió de Barcelona aquel verano del 92 declaró solemnemente que de alguna manera habíamos tomado algunas gotas de esa bebida mágica con la que soñaba de pequeña. Pensaba en el niño que iba a nacer. Algo de nosotros dos ya había comenzado a vivir su propia vida, decía. Algo que tal vez daría frutos durante miles y miles de años.

–¿La posterioridad, quieres decir?

–Sí, en eso pensaba. De hecho, todos los seres humanos de la Tierra descienden de una mujer que vivió en África hace unos cientos de miles de años.

Dio un sorbo de cerveza y, como no dijo nada más en mucho rato, intenté que arrancara de nuevo.

–Continúa, si quieres –le dije.

Me miró a los ojos. Fue como si por un instante evaluara si yo era o no un hombre de fiar. Siguió hablando:

–Cuando llegó a Oslo me aseguró que no habría vacilado en compartir conmigo la bebida mágica, si la hubiera tenido. Obviamente no me dio ninguna «bebida mágica», pero lo viví, de todos modos, como un gran momento. Consideré como algo sublime el hecho de que se atreviera a hacer una elección de la que jamás podría retractarse.

Me declaré de acuerdo con un gesto de cabeza.

–Ya no es corriente que la gente se prometa fidelidad eterna. Se está juntos en lo bueno, pero luego viene lo malo, y entonces hay muchos que simplemente se largan.

Pareció de repente algo irascible:

–Creo que recuerdo literalmente lo que dijo: «Para mí sólo hay un hombre y una tierra, y si lo siento tan intensamente es porque sólo vivo una vida».

–Qué declaración tan singular –dije–. ¿Y qué pasó luego?

Fue muy escueto. Tras vaciar el vaso de cerveza me contó que habían perdido a Sonia cuando tenía cuatro años y medio, y que desde entonces la convivencia les había resultado imposible. Era demasiado dolor bajo el mismo techo, explicó Frank. Luego se quedó contemplando el palmeral.

No se dijo nada más al respecto, a pesar de un par de discretos intentos por mi parte de retomar el hilo.

La conversación también fue interrumpida en cierto modo por un enorme sapo que saltó a la plataforma donde estábamos sentados. Sonó un «¡chop!», y el contrahecho sapo se sentó debajo de la mesa, entre nuestras piernas.

–Un tamazul –explicó el noruego.

–¿Tamazul?

–O *Bufo marinus*. Fueron importados de Hawai hace poco tiempo, en 1936, con el fin de combatir la gran cantidad de insectos en las plantaciones de caña de azúcar y se encuentran muy a gusto aquí.

Señaló el palmeral, donde descubrimos otros cuatro o cinco ejemplares. Unos minutos más tarde pude contar hasta diez o doce sapos en la hierba húmeda. Yo llevaba ya muchos días en la isla, pero jamás había visto tantos sapos juntos. Tuve la sensación de que era Frank quien los atraía, y no pasó mucho tiempo hasta que pude contar más de veinte ejemplares. Sentí una especie de aversión al ver tantos sapos juntos.

Encendí un cigarrillo.

–Sigo pensando en esa bebida que mencionaste –dije–. No

todo el mundo se habría atrevido a probarla. Creo que la mayoría no la habría probado.

Puse el mechero en la mesa, lo señalé y susurré:

–Esto es un mechero mágico. Si lo enciendes ahora, vivirás eternamente en la Tierra.

Me miró fijamente sin sonreír. Fue como si sus pupilas se iluminaran.

–Pero tienes que pensártelo mucho –precisé–, porque sólo tendrás una oportunidad, y nunca podrás revocar la decisión que tomes.

–No importa –dijo con altivez, y dudé respecto a la elección que hiciera.

–¿Quieres vivir hasta la edad normal del ser humano? –pregunté solemnemente–. ¿O quieres quedarte en la Tierra por los siglos de los siglos?

Frank levantó el mechero lenta pero resueltamente, y lo encendió.

Me impresionó. Llevaba casi una semana en la isla y ya no me sentía tan solo.

–No somos muchos –comenté.

Por fin sonrió, una amplia sonrisa. Creo que nuestro encuentro le había sorprendido tanto como a mí.

–No, al parecer no somos tantos –admitió.

Se incorporó y me tendió la mano por encima del vaso de cerveza.

Fue como si nos hubiéramos confiado el uno al otro que pertenecíamos al mismo orden selecto. Ni a Frank ni a mí nos daba miedo la idea de vivir eternamente. Lo que nos aterraba era lo contrario.

Faltaba poco para la cena, e insinué que celebráramos la frater-

nización con una copa. Cuando sugerí pedir una ginebra sola, mostró su conformidad.

Los sapos continuaron multiplicándose en el palmeral, y volví a sentir asco. Confesé a Frank que aún no me había acostumbrado a los geos en el dormitorio.

Llegaron las copas de ginebra, y mientras el personal empezaba a preparar las mesas para la cena nosotros seguíamos sentados, brindando por los ángeles del cielo. También brindamos por ese pequeño grupo de gente que no era capaz de reprimir su envidia de los ángeles por vivir eternamente. Al final, Frank señaló los sapos del palmeral. Opinó que por educación también deberíamos brindar por ellos.

—Al fin y al cabo son nuestros hermanos de sangre —señaló—. Estamos más emparentados con ellos que con los ángeles del cielo.

Así era Frank. Un auténtico titán, pero además tenía los pies en el suelo. El día anterior me había confesado que no se había sentido nada a gusto montado en esa avioneta que le había traído de Nadi a Matei. Las condiciones del viento habían sido extremas, dijo, y además le había disgustado descubrir que el avión no llevaba copiloto.

Mientras apurábamos las copas, el noruego me contó que a finales de abril participaría en un congreso en la vieja ciudad universitaria de Salamanca, y que el día anterior se había enterado, por una llamada telefónica a la secretaría del congreso, de que también Vera estaba inscrita en el mismo. Pero no sabía si ella estaba al tanto de que se encontrarían en Salamanca.

—¿Pero tú lo esperas? —pregunté—. ¿Esperas poder ver a Vera en abril?

No contestó a mi pregunta. Tampoco pude observar si movió la cabeza para asentir.

Esa noche, todas las mesas del restaurante de Maravu se juntaron formando una larga y única mesa. Era una idea que había partido de mí, pues muchos de los huéspedes eran personas solas. Cuando entraron Ana y José, eché un último vistazo a la postal con las ocho torres, antes de devolvérsela a Frank.

—¡Te la puedes guardar! —exclamó—, pues recuerdo cada palabra.

No me pasó inadvertido el tono amargo de su voz e intenté hacerle cambiar de parecer. Pero no se dejó convencer. Sonó como si hubiera tomado una decisión importante cuando dijo:

—Si yo me la guardo, en algún momento podría llegar a romperla en pedazos, así que será mejor que tú me la guardes. Y quién sabe, tal vez volvamos a vernos en algún lugar.

A pesar de eso decidí que se la devolvería el día en que se marchara. Pero la mañana en la que Frank se marchó sucedieron muchas cosas.

El que volviera a ver al noruego casi un año más tarde fue una de esas extrañas casualidades que condimentan la existencia y crean la esperanza de que, a pesar de todo, existen fuerzas ocultas que conducen nuestras vidas lateralmente y de vez en cuando nos tiran una pizca de los hilos del destino.

Las casualidades han querido que ya no sólo tenga ante mis ojos una vieja postal. Desde hoy también cuento con una larga carta que Frank escribió a Vera después de su encuentro con ella en abril. Considero una victoria personal el que este escrupuloso documento esté por fin en mis manos, y seguramente no habría sucedido así de no ser porque una extraordinaria coincidencia

hizo que me topara con Frank en Madrid. Incluso me lo encontré en el mismo hotel donde él había escrito esa carta a Vera en mayo. Nuestro encuentro tuvo lugar en el Hotel Palace en el mes de noviembre de 1998.

En la carta a Vera, Frank describe varios episodios que los dos vivimos en aquella isla de Fidji. Se centraba, lógicamente, en Ana y José, pero también hacía referencia a un par de conversaciones que él y yo mantuvimos a solas.

Ya que he decidido sacar a la luz esa larga carta, podría ser tentador interrumpir el relato de Frank con comentarios adicionales por mi parte. No obstante, he optado por presentar la carta a Vera en su totalidad y añadir un amplio epílogo.

Naturalmente estoy muy contento de poseer esta epístola, sobre todo porque me ha permitido estudiar las 52 máximas del manifiesto. Me permitiré precisar que no me he apoderado de una carta personal. En absoluto es el caso. Pero sobre esta cuestión también volveré en el epílogo.

Faltan apenas unos meses para entrar en el siglo XXI. Me parece que el tiempo pasa demasiado deprisa. Me parece que el tiempo pasa cada vez más deprisa.

Desde que era pequeño —y no hace mucho tiempo de eso— sabía que tendría 67 años si llegaba a vivir el cambio de milenio. Siempre me ha resultado un pensamiento fascinante y aterrador a la vez. Tuve que despedirme de Sheila en este siglo. Sólo llegó a cumplir 59 años.

Tal vez vuelva a visitar la isla de la línea de cambio de fecha antes del cambio de siglo. Estoy pensando en encerrar la carta a Vera en una cápsula del tiempo, para que permanezca sellada dentro de ella durante mil años. Puede ser que no haya que publi-

carla hasta entonces, y lo mismo se puede decir del manifiesto. Mil años no son nada, al menos comparados con los enormes períodos de tiempo trazados por el manifiesto. Y sin embargo, mil años son más que suficiente para que se haya borrado gran parte de las huellas de los que ahora vivimos en la Tierra, y la historia sobre Ana María Maya parecerá, en el mejor de los casos, una saga de un lejano pasado.

Ya soy lo bastante mayor como para que no me importe cuándo salga a la luz lo que quiero contar. Lo más importante es que se diga antes o después, y tampoco es necesario que lo diga yo. Tal vez por eso he empezado a jugar con la idea de una cápsula del tiempo. Espero que dentro de mil años haya un poco menos de ruido en el mundo.

Después de haber releído una vez más la carta a Vera, me siento por fin capaz de organizar la ropa de Sheila. Ya ha llegado el momento. Mañana por la mañana vendrán unas personas del Ejército de Salvación a recoger todo. También se llevarán los vestidos viejos, aunque no creo que los puedan vender. Es una sensación parecida a la de quitar un nido de golondrinas en el que no hay pájaros desde hace muchos años.

Pronto me habré acostumbrado a la vida de viudo. También es una forma de existir. Al mirar la gran foto en color de Sheila ya no me estremezco tanto como antes.

A pesar de toda esa retrospectión que ha llenado mi vida en los últimos tiempos, puede parecer una paradoja el que ni siquiera ahora habría vacilado en tomar la bebida mágica de Vera. Lo habría hecho sin pestañear, incluso sin estar seguro de encontrar a una persona a quien poder dar la otra mitad. Para Sheila es de-

masiado tarde. Ella no recibió mucho más que quimioterapia durante el último año de vida.

Mañana tengo ya una cita. He invitado a Chris Batt a comer. Chris es el bibliotecario jefe de la nueva biblioteca de aquí en Croydon. Yo soy uno de sus visitantes más asiduos. Me parece un gran honor para este barrio el contar con una moderna biblioteca, con escaleras mecánicas entre las plantas. Chris es un hombre muy activo. No creo que él hubiera encendido aquel mechero en el bar de Maravu. Tampoco habría sentido asco al ver todos aquellos sapos.

He decidido preguntar a Chris si cree que el prólogo de un libro debe escribirse antes o después de haber escrito el libro. Mi teoría es que el prólogo se escriba al final de todo el proceso. Eso concordaría con otra cosa en la que me he fijado, sobre todo después de haber leído la carta de Frank.

Transcurrirían cientos de millones de años desde que los primeros anfibios salieran a la tierra, hasta que un ser vivo de este planeta fuera capaz de describir lo que sucedió entonces. Hoy por fin podemos escribir el prólogo de la historia de la humanidad, es decir, muchísimo tiempo después de que la historia en sí haya acabado. De esa manera la esencia de las cosas se muerde la cola. Tal vez esto sea válido para todos los procesos de creación, incluidos los de las composiciones musicales. Me imagino que lo último que se compone en una sinfonía es el compás inicial de la misma. Voy a preguntar a Chris qué opina él de esto. Tiene mucho sentido del humor y también creo que es un hombre sabio. Dudo que Chris Batt sea capaz de mencionar ni siquiera una opereta en la que la ópera haya sido compuesta antes de que la opereta hubiera estado terminada en su versión última y final. Sólo se tiene una

visión global de una sucesión de hechos cuando éstos dejan de tener utilidad. El que pretenda entender el destino tiene que sobrevivir a él.

No sé si Chris Batt sabe mucho de astronomía, pero le preguntaré qué le parece el siguiente breve resumen de la historia de este universo:

El aplauso a la gran explosión no llegó hasta quince mil millones de años después de que hiciera explosión.

A continuación se reproduce la carta a Vera en su totalidad.

Croydon, junio de 1999

John Spooke